

bre para no considerar mas que el nombre, el vestido, la forma social.—¿Son diferentes en sus colonias? Me inclinaria á creerlo en vista de lo que hemos experimentado en Malta.—Desde el momento en que llegamos á este punto, recibimos de todo lo que compone esa hermosa colonia las muestras de sinteresadas y cordiales de interes y benevolencia.—Nuestra residencia no ha sido mas que una continua y brillante hospitalidad.—Sir Federico Ponsonby y lady Emilia Ponsonby, su esposa, pareja digna de representar en todas partes, uno la virtud y noble sencillez de los grandes señores ingleses, la otra la dulce y graciosa modestia de las señoras de alta cuna en su patria.—La familia de Sir Federico Hankey, M. y madama Nugent, M. Greig, M. Freyre, antiguo embajador en España, nos han recibido menos como á viageros que como amigos. Ocho dias los hemos visto y acaso no los volverémos á ver, pero llevamos de su amabilísima cordialidad una impresion que alcanza hasta el fondo del pecho. Malta ha sido para nosotros una colonia de la hospitalidad,—un no sé qué de caballeresco y de hospitalario, que recuerda sus antiguos poseedores, que se encuentran en sus palacios, poseidos ahora por una nacion digna del alto puesto que ocupa en la civilizacion. Se puede no amar á los ingleses, pero es imposible no estimarlos.

El gobierno de Malta es duro y estrecho; no es

digno de los ingleses, que han enseñado la libertad al mundo, tener en una de sus posesiones dos clases de hombres, los ciudadanos y los libertos.

El gobierno provincial y los parlamentos locales se asociarian fácilmente en las colonias inglesas á la alta representacion de la madre patria. Los gérmenes de libertad y de nacionalidad, respetados en los pueblos sometidos, son para el porvenir gérmenes de virtud, de fuerza, de dignidad para la humanidad entera. La sombra del pabellon inglés no deberia cubrir mas que hombres libres.

1 de Agosto, á las 12 de la noche.

Despues de haber partido esta mañaua con una mar picada, un calmazo absoluto nos ha sorprendido á doce leguas de la costa, y todavía dura: ningun viento en el cielo, salvo algunas brisas perdidas que vienen de cuando en cuando á arremolinar las velas de los dos buques, y que les hacen espedir una palpitation sonora, un latido irregular, semejante al convulsivo batir de las alas de un pájaro que se muere; el mar está liso y terso como la hoja de un sable; ni una arruga riza su superficie, pero de trecho en trecho, y á grandes distancias se advierten anchas ondulaciones cilíndricas que se deslizan bajo el buque y le bambolean como un terre-

moto. Toda la mole de los palos, de las vergas, de las obenques, de las velas, rechina y tiembla como bajo un viento muy pesado. No avanzamos una línea en una hora; las cáscaras de naranja que Julia tira al mar flotan sin declinacion al rededor del bergantin, y el timonero mira indiferente las estrellas, sin que la barra haga desviarse su mano distraida. Hemos soltado el cable de remolque que nos sujetaba á la fragata inglesa, porque como ninguno de los dos buques atienden á la faena, hubieran podido estrellarse uno contra otro en las tinieblas.

Ahora estamos sobre quinientos pasos de la fragata. Las lámparas encendidas brillan por las troneras en el fondo de los espaciosos camarotes de los oficiales que coronan su popa. Un fanal, que la vista puede confundir con uno de los luceros del firmamento, sube y se ata á la punta del palo de mesana para reunirnos por la noche; y mientras nuestros ojos están clavados en aquel faro flotante que debe guiarnos, una deliciosa música sale de repente del luminoso seno de la fragata y resuena bajo una nube de velas, como bajo las sonoras bóvedas de una iglesia.

Así varían y se suceden las armonías por espacio de muchas horas, derramando á lo lejos, sobre aquel mar encantado y dormido, todos los acentos que hemos oido en las mas deliciosas horas de nues-

tra vida. Todas las reminiscencias melodiosas de nuestras ciudades, de nuestros teatros, de nuestros cantares campestres, asaltan nuestro pensamiento para trasportarle á unos tiempos que ya pasaron, á unos seres separados ahora de nosotros por la muerte ó por el espacio!

Mañana, dentro de algunas horas tal vez, los terribles rugidos del huracan que hace crugir los mástiles, los repetidos embates de las olas sobre los huecos costados de la nave, el cañonazo de socorro, el trueno, las voces convulsivas de dos elementos en guerra, y del hombre que lucha contra su furor combinado, sucederá á esta música serena y magestuosa.

Estos sentimientos se agitan en todos los corazones, y un completo silencio reina en ambos puentes. Cada cual recuerda algunas de aquellas notas significativas y grabadas por una fuerte impresion en la memoria, que ha oido en otro tiempo en alguna circunstancia feliz ó triste de la vida de su corazon; cada cual piensa mas tiernamente en los seres que ha dejado en su patria. Se siente un vago temor de aquel desafio con que parece que el hombre provoca á las tempestades: semejantes momentos son aquellos que debe uno escribir en su pensamiento para siempre, pues contiene en algunos minutos mas impresiones, mas colores, mas vida que años enteros trascurridos en las prosaicas vicisitudes de la vida comun. El corazon está lle-

no y quisiera rebosar; entónces el hombre mas vulgar se siente poeta en todas las fibras; entónces lo finito y lo infinito penetran por todos los poros; entónces se quiere estallar delante de Dios, ó revelar solamente à un corazon simpático, ó á todos los hombres, en la lengua de los espíritus, lo que pasa en el espíritu; entónces se improvisarian divinos cantares de la tierra y del cielo... ¡Ah! ¡Si se supiera una lengua! Pero no hay lengua, sobre todo para nosotros franceses; no, no hay lengua para la filosofia, el amor, la religion, la poesía; las matemáticas son la lengua de este pueblo; sus palabras son secas, puntuales, descoloridas como cifras.—Vamos á dormir.

Las 2 de la madrugada del mismo dia.

No puedo dormir; he sentido demasiado; vuelvo á subir sobre cubierta;—pintemos;—la luna ha desaparecido sobre la anaranjada bruma que vela el horizonte sin otros límites. Es de noche, pero es de noche en el mar, es decir, en un elemento trasparente que refleja la menor claridad del firmamento, que parece que conserva una luminosa impresion del dia. Esta noche no es negra, es solamente pálida y aljofarada como el color de un espejo cuando se pone la luz al lado ó detras de él. Tambien el

aire parece muerto ó dormido sobre esa soñolienta capa de las olas. Ni un rumor, ni un soplo, ni siquiera una vela que resuene contra la verga, ni una espuma que zumbe y trace la estela del bergantin en sus costados, que tambien parecen dormidos.

Contemplaba yo esa muda escena de sosiego, de vacío, de silencio y de serenidad; respiraba ese ambiente tibio y ligero del que no siente el pecho ni el calor, ni la frescura, ni el peso, y me decia:—Tal debe ser el aire que se respira en el pais de las almas, en las regiones de la inmortalidad, en aquella atmósfera divina donde todo es inmutable, voluptuoso y perfecto.

Veamos otro aspecto del cielo.—Yo habia olvidado la fragata inglesa, pues miraba hácia el lado opuesto; allí estaba en el mar, à algunas brazas de nosotros; volvíme por casualidad, mis ojos cayeron sobre aquel magestuoso coloso que reposaba inmóvil, inmenso, sin el menor balance de su quilla, como sobre un pedestal de mármol.

La gigantesca y negra mole del buque se destacaba en sombra de la plateada superficie del agua y se dibujaba sobre el fondo azul del cielo, del aire y del mar; ni un resuello de vida salia de aquel magestuoso edificio; nada indicaba á la vista ni al oido que estuviere animado por tanta inteligencia y vida, poblado de tantos seres pensadores y activos; se le hubiera podido tomar por uno de aque-

llos grandes despojos de las tempestades, flotando sin timon, que el navegante encuentra con espanto en las soledades del mar del Sud, y donde no queda una sola voz para decir como pereció la nave; asiento mortuorio y sin fecha, que el mar deja fluctuar antes de tragársela.

Encima del sombrío cuerpo del buque, la nube de todas sus velas estaba agrupada pintorescamente y piramidaba al rededor de sus mástiles, alzándose de piso en piso, de verga en verga, recortadas en mil estrañas formas, desarrolladas en anchos y profundos pliegues, semejantes à las numerosas y altas torrecillas de un castillo gótico, agrupadas al rededor de la gran torre del homenaje; no tenían ni el movimiento, ni el color brillante y dorado de las velas vistas de léjos en el mar durante el dia; inmóviles, mates y teñidas por la noche de un color gris apizarrado, parecian una inmensa bandada de murciélagos ó de pájaros desconocidos de los mares, posados, apiñados unos contra otros en la copa de un árbol gigantesco, y suspendidos de su tronco despojado á la luz de la luna en una noche de invierno. La sombra de aquellas nubes de velas descendia sobre nosotros y nos ocultaba la mitad del horizonte; jamas vision del mar mas colossal y estraña se apareció en un ensueño á la fantasía de Osian. Toda la poesía de las olas estaba allí: la línea azul del horizonte se confundia con la

del cielo, todo lo que reposaba encima y debajo tenia la apariencia de un solo fluido etéreo en que nadábamos. Todo aquel ámbito vago sin cuerpo y sin límites abultaba el efecto de aquella gigantesca aparicion de la fragata sobre las olas, y sumergia la vista y el alma en la misma ilusion. Parecíame que la fragata, la pirámide aérea de su velámen y nosotros tambien nos hallábamos alzados, arrebatados, como cuerpos celestes, en los líquidos abismos del éter, no sostenidos sobre objeto alguno, cerniéndonos en virtud de una fuerza interna sobre el azulado vacío de un firmamento universal.

Así pasamos varios dias y varias noches en alta mar,—bonanza perfecta, cielo de fuego;—las olas giran inmensas del golfo Adriático al mar de Africa, como vastos cilindros ligeramente estriados y dorados por la mañana, y por la tarde, semejantes á las columnas de los templos de Roma ó de Pesto.

Paso los dias sobre cubierta; escribo algunos versos á M. de Montherot, mi cuñado:

¡Oh amigo! Mas que amigo, por la sangre
Y por el alma hermano, que lloroso
Sobre el mar con los ojos me seguías;
Cruzando con la mente los espacios
Y el dilatado mar que nos separa,

¡Pienso en tí! Los momentos deleitosos
 Que pasábamos juntos, á la márgen
 De nuestros arroyuelos, sombreados
 Por los pomposos sauces y los tilos
 Perpetuamente en mi memoria viven.
 Pienso en nuestros paseos solitarios,
 En nuestras dulces pláticas, cortadas
 Por tus versos tal vez, ya por los míos;
 —Por tus versos, relámpagos del alma,
 Que sin esfuerzo brotan de tu lira,
 Y que sembrando vas por tu camino,
 Como esas gotas, llanto de la aurora,
 Que á el alba toda la campiña esmaltan,
 Que un rio inmenso formarían juntas,
 Mas que bajo los piés caen silenciosas
 Y entre aromas el sol y el viento aspiran.
 A otros tiempos, amigo, otros cuidados;
 A cada fruto su estacion: de niño,
 En la feliz edad, en que una madre
 A su amante regazo nos estrecha;
 Cuando el llanto y la risa en nuestro rostro
 Por la mas leve causa se suceden,
 Yo tambien á los niños, mis iguales,
 En su language y juegos imitaba.
 En los primeros meses de las flores,
 Cuando la savia de los troncos brota,
 En el márgen del río que fecunda
 Los campos do nací, la verde rama
 Iba á cortar del inclinado sauce.

Con mi aliento sus jugos calentando,
 Entera la corteza desprendía,
 De un soplo la animaba, y al instante
 Un blando y triste acento en la espesura
 Empezaba á sonar. Aquel acento
 Que no ajustaba el arte á su medida,
 No era mas que un rumor vano, un murmullo
 Suave y vagoroso, semejante
 A esas voces del viento y de las aguas
 Que halagan el oído dulcemente,
 Sin que en ellos busquemos un sentido;
 Mero preludio de temprano ingenio,
 Que al canto y á las lágrimas se ensaya!

¡Ya ese tiempo pasó; ya el medio día
 De mi vida ha llegado, y he sufrido,
 Y mi espíritu en mí grande se ha hecho!
 Aquellas cañas frágiles, juguetes
 De mi infancia, el aliento, que me oprime
 No pueden contener: no hay lengua, ritmo,
 Ni guerrero clarín, ni arpa sagrada,
 Que el soplo de mi alma no rompiera
 Mil y mil veces con su recio impulso.
 ¡Todo á su llama se derrite, todo
 A su terrible embate se doblega!
 Para eschalar su acento impetuoso
 Ha renunciado á los mortales verbos,
 Cuyos frágiles símbolos haría
 Con su choque estallar. Si los usara,

Resonarian cual la voz del trueno,
 Como la luz del rayo brillarian,
 Y los hombres las frentes inclinando,
 Aterrados clamaran:—“¡Oh Dios mio,
 Que nos hable mas quedo, ó perecemos!”

Ya no les habla, no; se habla á sí mismo
 En la mística lengua sin palabras,
 En el supremo verbo que ninguna
 Mano carnal ha escrito, en que habla al alma
 El alma, y á la mente habla la mente!
 De las humanas lenguas olvidado
 Así su adusta soledad consuela!
 Siempre dentro de mí ruge y se agita
 Como un mar en continuo movimiento;
 Hace en mis sienes martillar mi sangre;
 Y resonar así cual de desecha
 Tempestad, raudo vuelo, cual torrente
 De abismos en abismos derrumbado,
 Cual los ecos del rayo en las montañas,
 Como la voz de los furiosos cierzos
 Que del Líbano al mar se precipitan,
 O como los embates con que fiero
 Sobre enhiesto peñon la marejada
 Sube, monte de agua, y baja, espuma.
 Esas son, esas son las solas voces
 Que lo que siento en mí decir podrian!

No esperes, pues, de mí versos sujetos
 A la comun medida, en que la idea
 Cual de un arco sonoro desprendida
 Vibra sobre sonidos semejantes,
 Dócil sierva de armónicos caprichos.
 Ese eco frío de los versos, ora
 A mi oído repugna, y si el recuerdo
 De los pasados tiempos se despierta
 En mi mente tal vez; si desde el mundo
 Desierto de este límpido Oriente
 Se torna á tí, risueño mi semblante;
 Si pienso en mis amigos, que esta aurora
 Cual yo verán, y quiere todavía
 Confundirse mi alma con las suyas,
 Con otra voz mi corazón amante
 Les envía y les pide sus recuerdos.
 ¡La oración es mi voz! Voz soberana,
 Lengua alada y sublime, que confunde
 Todos los corazones que se aman
 En un solo suspiro; que visibles
 A los ojos del alma hace, y presentes
 Ante Dios á mil seres adorados,
 Dispersos por los ámbitos del mundo.
 ¡Lenguage universal que al cielo llega,
 Inestinguible incienso que perfuma
 Al que le da y á aquel que lo recibe!

Así mi corazón se comunica
 Contigo; las palabras de la tierra

Son á mis ojos vanidad, son nada.
 Y si la causa del desprecio quieres
 Saber con que las miro, sigue ahora
 Mi vela que los céfiros impelen,
 Y ven á este teatro donde el mundo
 Algun dia pasó, donde el desierto
 Sobre el borrado imperio hora florece,
 Entre las sepulturas de los dioses,
 De los héroes y sabios, tres escenas
 Tan solo á ver y á contemplar tres noches.

Acababa yo apénas de ausentarme
 Del suelo cuyo estruendo á gran distancia
 Acosa sobre el mar al pasajero:
 De esa Europa decrepita do todo
 Cruje, y se desmorona y lucha; en donde
 Dos opuestos espíritus se arrojan
 Templos y tronos, leyes y costumbres,
 Con su perpetua lid abriendo paso
 A la mente de Dios, que aun no penetran.
 Mi nave que invisible mano impele
 Por la mar espumante resbalaba.
 Doce veces el sol teñido habia
 De púrpura y de oro el Occidente,
 Y doce, como un águila de fuego,
 Su velo desde Oriente habia lanzado.
 Los palos y las velas de mi nave
 Duermen; muerde la arena el ancla aguda,
 ¡Y en Aténas estoy!

Era la hora
 En que esa gran ciudad, en otros tiempos
 Tan bulliciosa, del descanso breve
 De la nocturna oscuridad saliendo,
 Ya gloriosa, ya infame, se llenaba
 De inmensa muchedumbre, semejante
 Del revuelto oceano á la marea.
 Distintas ambiciones impulsaban
 A unos á la virtud, á otros al crímen.
 Pericles iba al foro; á las riberas
 Temístocles; los héroes á las armas,
 Al Pórtico filósofos y sabios.
 Arístides y Sócrates, el uno
 Al ostracismo y á la muerte el otro,
 Miéntras se agita el pueblo á la ventura
 Hoy criminal, mañana arrepentido.
 Al pié del Partenon que un turco guarda,
 A la naciente luz tiende la vista.

Del alto Citeron parte la aurora;
 De cien peladas cumbres el contorno
 Su luz va á herir, resbala en sus laderas,
 Y de Iliso se estiende hasta los mares,
 Sin que ningun objeto la colore,
 O en el mar, ó en los campos la refleje,
 Ni fúlgidas ciudades á lo léjos,
 Ni al aura matinal humo ondeante,
 Ni chozas en las faldas de los montes,
 Ni una flor, ni en las aguas una barca.

La luz sobre aquel suelo estéril, muerto,
 Sin rebatar en él tambien cae muerta:
 Solo el mas alto rayo de la aurora
 Hierde el soberbio Partenon, y luego
 Por sus negras almenas resbalando,
 Donde duerme el genízaro tendido
 Con la pipa en la mano, cual si fuera
 A llorar la cornisa destruida,
 Va á morir sobre el templo de Teseo!
 Dos destellos de luz en dos ruinas
 Es todo cuanto hoy dice: "Allí está Aténas!"

6 de agosto 1832, en alta mar.

El 6 á medio dia, divisamos bajo las blancas nubes del horizonte las desiguales cimas de los montes de Grecia; el cielo estaba pálido y gris como sobre el Támesis ó el Sena en el mes de Octubre; una borrasca rasga, en el Poniente, la negra cortina de nieblas que arrastra sobre el mar;—estalla el trueno, brotan los relámpagos, y una seria b. i. sa de Sudeste nos trae la frescura y la humedad de nuestros vientos lluviosos de otoño.

El huracan nos arroja fuera de nuestro rumbo y nos hallamos muy cerca de la costa de Navarino; distinguimos los dos islotes que cierran la entrada de

su puerto y la hermosa montaña de dos cumbres que corona á Navarino. Allí fué donde el cañon de Europa gritó no ha mucho tiempo á la Grecia resucitada: la Grecia ha respondido mal; emancipada del poder de los turcos por el heroismo de sus hijos y por la asistencia de la Europa, ahora es víctima de sus propios furros: ha derramado la sangre de Capo de Istria, que habia consagrado su vida á su causa: el asesinato de uno de sus primeros ciudadanos abre mal una era de resurreccion y de virtud. Es doloroso que el pensamiento de un gran crimen sea uno de los primeros que asaltan el ánimo á la vista de aquel suelo, adonde se va á buscar imágenes de patriotismo y de gloria.

A medida que se acerca el buque al golfo de Modon, las costas del Peloponeso se destacan y se articulan, saliendo de la flotante niebla que las rodea. Aquellas orillas, de que los viageros hablan con desprecio, me parecen, por el contrario, perfectamente dibujadas por la naturaleza, pues presentan grandes cortes de montañas y una graciosa ondulacion de líneas: trabajo me cuesta desprender de ellas mis ojos. La escena está vacía, pero llena de lo pasado; la memoria lo puebla todo. Ese grupo negrozco de collados, de cabos, de valles, que la vista abarca desde aquí en su conjunto, como una pequeña isla sobre el océano, y que no es mas que un punto en el mapa, ha pro-